

# La Provincia en las Letras Nacionales

*Alfonso de Alba*



EL COLEGIO  
de  
JALISCO



## NOTA INTRODUCTORIA

El 18 de febrero de 1955, con motivo de los Juegos Florales de Mazatlán, Alfonso de Alba leyó el discurso titulado “La Provincia en las Letras Nacionales”. El texto, basado en su segundo libro –*La Provincia Oculta: Su Mensaje Literario* (1949)– y adaptado para el público del certamen poético sinaloense, enfatizó el papel de la provincia como forjadora espiritual, además de meditar sobre su aportación a la literatura mexicana. Recuperado para la ocasión del centésimo aniversario de Alfonso de Alba, El Colegio de Jalisco lo presenta ahora, con ciertas ediciones para la ocasión, como síntesis de la postura del escritor y académico frente al centralismo, y también como reflejo de su fina sensibilidad para lo pequeño y supuestamente “insignificante”. “La Provincia en las Letras Nacionales” persiste como ventana a la determinación de Alfonso de Alba por destacar lo local y ponerlo al centro del discurso de lo nacional.



## “La Provincia en las Letras Nacionales”

La literatura que proviene de la provincia mexicana o en ella se inspira ha sufrido el menosprecio de algunos Cenáculos si bien es cierto que no de todos los críticos. A sabiendas de su contenido, expresión genuina de nuestra personalidad nacional, la han dejado en plano secundario. Aislamiento e incompreensión suelen ser los factores que fomentan la indiferencia habitual con que se recibe cuanto viene de la provincia. Una posición desdeñosa que se parapeta en complejos publicitarios, no siempre fundados, hace creer a algunos enterados en materia literaria que el mensaje que no llega pujante y festinado a la capital no es digno de tomarse en cuenta y, en caso de consignarse, sólo se le considera como mero balbuceo de aficionados que no trasponen los límites de su ciudad natal.

Y, sin embargo, en cada rincón del país han existido, desde muy antiguo, pequeños centros de cultura, formados por personas modestas que discurren por la vida en la oscuridad y en el silencio; se diría que casi pasan sin dejar

huella. Por excepción aparece entre ellos un poeta o un prosista que alcanza alguna celebridad. Las producciones de la mayoría de estos idealistas pasan inadvertidas para el gran público lector. A veces por la escasa o nula importancia de su contenido; o bien por falta de adecuado anuncio. Por lo tanto, hay una muy sensible diferencia entre el literato que logra acomodarse en la capital, disfruta de admiración, respeto, becas y estímulos y el humilde letrado de provincia. El pueblerino rara vez conquista algo que no sea desdén, mofa de algunas gentes que odian al que sobresale por su inteligencia y cultura superiores.



Ahora, afrontemos la respuesta a dos preguntas que cabe formular aquí: ¿qué es la provincia y cuál es la aportación a las Letras Nacionales?

A la provincia, más que definirla se la intuye. Sin embargo, podemos advertir un doble elemento que la integra: uno material y objetivo; el otro meramente subjetivo y psicológico. Respecto al primero, y en sentido más amplio, la provincia es cualquiera de las divisiones administrativas de un estado. Y según la acepción corriente que entre nosotros tiene, es cualquiera de las regiones de

la República salvo la metrópoli: las sierras, los campos, las villas, los pueblos y las capitales de estado que guardan aún reliquias imborrables y esencias depuradas de su vida mansa o agitada. Pero el concepto de provincia está íntimamente ligado al de “terruño”, entendiendo por tal el espacio de la tierra nativa, el sitio de donde el hombre proviene: el escenario, las personas y el ambiente de su niñez: el espacio mayor o menor con todas las cosas, sucesos y personas que en él hay y en que el niño llega a las grandes, fuertes y decisivas vivencias. Y en su más hondo sentido, de contenido psicológico, “terruño” significa, a decir de Peter Lippert, “una cierta seguridad, un rincón de la tierra en el que el hombre puede detenerse con pleno derecho y al que con todo derecho puede siempre volver cuando todo el resto del mundo se le ha cerrado”.

La vida íntima de la provincia tiene un hechizo del que nunca se podrán formar idea quienes siempre hayan vivido en la capital y principalmente en los primeros años de la vida. Puede haber gusto en morar en la gran ciudad cuando se está en la edad de realizar múltiples actividades, pero en la provincia es donde conviene estar de niño, de adolescente. Allí debe iniciarse la primera gran aventura, la que es decisiva para toda la vida subsecuente, en grado tal que no lo es en ningún período posterior. Todo contribuye

a formarle el alma y a imprimirle rasgos que de una manera u otra durarán toda la vida, que reaparecen siempre, aun en la vida senil. ¿Dónde encontrar en la gran ciudad ese medio material apropiado que el niño necesita para su primera aventura? ¿La casa amplia, vieja, llena de rincones, con largos corredores y escaleras donde travesear y rodarse, el campo libre, las praderas, sembradíos y bosques con hoyos de arena y huertas con árboles a donde poder trepar y cortar la fruta? A decir del doctor Pedro de Alba, “el secreto de algunos provincianos radica en que pudieron vivir plenamente su infancia y adolescencia: producto del aire libre, del campo abierto, del poblado, del rancho; apego entrañable a la madre, admiración recóndita por el padre, demostrados en el correr de los incidentes familiares y no con palabras vanas o actitudes retóricas. El niño de clase media provinciana crece como una planta de sol, afina sus percepciones y despierta sus instintos con soltura y naturalidad. Las grandes caminatas sin objeto, las guerrillas de barrio a barrio, las competencias en la natación, la “jineteada” de potros y becerros, la pelea de gallos o el tiro al blanco son los gajes que aprovechan los muchachos del rancho o del villorrio. Combinación de escuela al aire libre, colonia campestre y de exploración práctica de la vida social”.



En la gran ciudad no será nunca donde se experimenten esas grandes, indefinibles y a la vez sencillas emociones que produce, por ejemplo, la vibración de una campana escuchada a distancia signando el atardecer; o aquel solemne doblar de las mismas campanas que parecen reír, gritar, como si se hallasen un poco ebrias y locas. Con su llamado a la festividad rompen la monotonía de una vida siempre igual, regular, lenta, que ignora su destino como un enorme río...

En el lugarejo, en las poblaciones cortas, florecen los primeros amores, las grandes amistades que valdrán toda una vida. En la provincia las cunas se tocan como nidos situados en las mismas ramas. Se nace y crece bajo las mismas miradas, viéndose todos los días, a cada rato, conviviendo las mismas impresiones; la primera expresiva mirada por entre las hojas de una puerta que se cierra; la impresión de una mano entregada a la mano que la asió y la tibia humedad de su tacto; los primeros ventaneos a la luz parpadeante del foco de la esquina; la enlutada calleja donde duerme el recuerdo del primer beso... Con un espíritu sensible y una fantasía maleable se pueden imaginar en la capital estos bienes; pero nunca se pueden gustar, paladeando, sus particularidades. Por otra parte, el estilo mexicano no explende con autenticidad en la metrópoli

sino en el corazón y médula de la patria: en su provincia. Y en los hombres de ella residen con mayor arraigo las inconfundibles características de la raza.



La corriente literaria que glorifica a la provincia es completamente moderna. No obstante que una preocupación de casi todos los escritores es dedicar sugeridoras pinceladas al rincón natal, los anteriores al siglo XIX no poseían la facultad de “ver” y transmitir una visión acuciosa y exacta del espectáculo circundante; eran breves a la vez que imprecisas descripciones que lo mismo podían encuadrar su suelo nativo que otro lugar cualquiera del planeta. El sentimiento amoroso hacia la naturaleza ha nacido con el romanticismo poco a poco. Entre otras cosas el romanticismo trajo a la literatura el anhelo de individualización de cada pueblo con base en sus tradiciones propias a las que acude por vez primera; también el hombre ha ido descubriéndose a sí mismo; ha surgido el yo frente al mundo consciente de sí frente a la naturaleza. De esa consideración y de esa afirmación ha brotado una literatura nueva, desconocida de los antiguos. Las descripciones del paisaje salidas de los clásicos y aun de los literatos anteriores al siglo XIX

sufren el predominio de un elemento ideal; literatura de abstracciones o de realidad hipertrofiada.

La manera de ser, pensar y reaccionar del hombre ante los problemas vitales es un estilo, un modo de ser personal. De igual manera cada ciudad, cada pueblo, cada comarca, cada región, poseé también una fisonomía especial, característica, inconfundible: su estilo. Y como la verdadera literatura mexicana es creación nueva; no como algunos han estimado simple suma de cosas indias y españolas, para llegar a ser expresión esencialmente propia ha tenido que pasar por un proceso de gestación.

En las diversas manifestaciones literarias que preludian la Independencia aparece un nuevo elemento propio: “el resquemor criollo” que se manifiesta en las páginas que se escriben para fustigar al advenedizo y en los anónimos contra “gachupines” que venían a “hinchar”; Joaquín Fernández de Lizardi se alza contra lo amanerado y pulcro de la literatura en boga imponiendo lo popular de nuestras costumbres; en los miembros de la Academia de Letrán salta una tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar; cuando don Benito Juárez torna a la Presidencia de la República, en 1871, se hace sentir un florecimiento en las letras de México. Además de él otros hombres de sangre india llegan a ser personalidades

sobresalientes. Ignacio Ramírez e Ignacio M. Altamirano exigían la existencia de una literatura netamente nacional. A la poesía se intenta darle un sello propio: comunicarle dentro de la más pura y castiza forma el espíritu de la raza; con Angel del Campo “Micrós” se enriquecen las páginas del costumbrismo.

El choque de tradiciones indígena y europea, en la Conquista, propició la creación de una nueva sensibilidad hispano-india. La guerra de Independencia, con sus ideales de libertad y progreso y, posteriormente las luchas de Reforma afirmaron el sentimiento de la nacionalidad. La Revolución –tercer movimiento de un mismo impulso– descubrió, de pronto, la realidad de la patria. Con anterioridad a ella el extranjerismo en arquitectura, modas y costumbres habían desviado la atención estimativa de lo propio. La Revolución impuso el tema de la *realidad mexicana* como categoría reflexiva y ejecutiva de la vida nacional. Desde las fiestas del Centenario había sonado, según Ramón López Velarde, “la voz de la nacionalidad”. Y el sacudimiento social de la lucha tiene la virtud de habernos revelado una patria “no histórica ni política, sino íntima”. “El descanso material del país, en treinta años de paz –dice el autor de *La Sangre Devota*– coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han

sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa. Por ello, correlativamente, nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro”.

Y la Revolución produce, en el orden literario, tres generaciones perfectamente determinadas. Aunque en apariencia no tienen entre sí estrecha vinculación, son una por el espíritu que las anima: la del Ateneo de la Juventud, la que escribe la Novela de la Revolución Mexicana y la que integra el grupo de Escritores Provincianos.



Preponderante es la función espiritual que el terruño ejerce sobre la generación de escritores de provincia. La presencia o el recuerdo de su rincón natal será ancla firmemente ahincada en su corazón. Y ese sentimiento les dará el indispensable sentido de seguridad y con él la posibilidad de equilibrio espiritual, la posibilidad de la rectitud del alma. Son ellos los que están en la más perfecta armonía con la naturaleza circundante. Nos hablan con orgullo de su terruño “no por ser grande, sino por ser suyo”. Son ellos los que en mosaico fragmentado –diversas regiones– nos dan la visión de una Patria real, íntima, familiar, casera,

desprovista de afeites cortesanos; los que conocen al país en sus estremecimientos, en sus caminos polvosos, en la alegría de sus fiestas populares o en la angustia sombría de su tristeza, en su fe y en sus supersticiones. Gracias a los escritores de provincia hemos aprendido a amar regiones, costumbres, paisajes de nuestra patria antes ignorados.

Esta generación de escritores no cuenta con un periódico especial como *El Renacimiento* de los románticos o *Azul y La Revista Moderna* de los modernistas. Son varias hojitas o pequeñas revistas las que empiezan, desde entonces, a publicarse en diversos puntos del país. Como verdadera novedad traen en su mensaje el inconfundible acento regional y la invariable exaltación de valores propios. Y no obstante el silencio de la capital ante la labor de positivo valor nacional emprendida por los escritores de provincia, menospreciados por unos, incomprendidos por otros, siguieron trabajando en su apartado solar, hasta imponer los temas regionales y provincianos como índice, claro y señero, de mexicanidad.

Es en la poesía donde más se caracteriza y florece con originalidad en nuestra patria la corriente de temas provincianos. Entre una pléyade de cultivadores cuatro son sus más egregios representantes: Ramón López Velarde, Francisco González León, Manuel Martínez Valadez y

Enrique Fernández Ledesma. Muy rica es, asimismo, la aportación en prosa a la literatura provinciana. En forma de novela, ensayo o cuento, la representan a la vanguardia, también entre muchos escritores, Mariano Azuela, José Rubén Romero, Alfredo Maillefert, Agustín Yáñez, Guillermo Jiménez y Carlos González Peña.



El mensaje de esta corriente literaria encierra un contenido llano y escueto como la propia vida de la provincia que lo nutre. Para desentrañarlo basta solamente sensibilidad y espíritu sencillo. Habla de paz, de cielos límpidos, de alegrías sencillas, de nobles amistades, de intensa vida interior, de intuitiva sabiduría y malicia, de hospitalidad... En una palabra: de gran sentido humano de la convivencia; de más corazón que técnica; de mayor sentimiento que ampulosa superficialidad; de apego entrañable del hombre a la tierra, al lugar de origen, a la Patria, por encima de sus adversidades; estimula la alegría de vivir y exalta los valores de la vida humilde de nuestros pueblos y la diáfana y refinada originalidad de nuestra naturaleza.



Como se habrá observado, si he elogiado la fidelidad a lo provinciano no es con detrimento de lo mexicano. Sabido es que para merecer el título de buen mexicano es condición la de ser buen provinciano. Cuanto más arraigados estamos en lo inmediato –afirma Torres Bodet–, mejor sentiremos la perennidad de la patria histórica. Y cuanto mejor sintamos la perennidad de la patria histórica, más firmemente responderemos al reclamo de esa humanidad, sin aduanas ni límites, que es la patria común de todos los hombres.